

¡SOCORRO! HA LLEGADO EL VERANO

Llevaba unos días peleando con los personajes de mi nueva novela sobre los Valdivia, una saga de librerías a cuyas manos fue a parar la célebre biblioteca del último gobernador español en Chile. Andaba ya por el folio 68, cuando observé que mis personajes, como si hubieran enloquecido, comenzaban a hablar por su cuenta saliéndose del papel que les tenía asignados. ¡Me quedé perplejo! ¡Y de pronto me dí cuenta de que había llegado el terrible verano!

Como sucede indefectiblemente cuando llegan los calores, muchos pierden el sentido de la estética y desde el maduro pensionista pasando por el circunspecto abogado, doctores, licenciados, maestros y empresarios andan por las calles vestidos con pantalón corto y calzando chanclas.

Por su parte, la gran mayoría de taberneros, *botigueros*, menestrales, posaderos y mesoneros (incluso alguno republicano) dan gracias al Altísimo porque al fin han llegado los turistas para hacer su agosto y poder superar la crisis.

En la playa, la avalancha del turismo se encuentra en todo su apogeo. Lo primero que me llama la atención son las enormes colas ante las postas sanitarias de Cruz Roja. Pienso que debe ser por

las picaduras de medusas pero, enseguida, un señor en pijama me saca de mi error:

– Venimos a pedir pastillas para dormir. No podemos pegar ojo en toda la noche a causa del ruido.

Hace un día magnífico. Las banderas azules ondean a lo largo de la playa y en la arena no caben más sombrillas. Corretean felices los niños por la orilla del mar, pero desgraciadamente no está Sorolla para pintarlos y sus padres los immortalizan con el móvil para luego mandar un whatsapp a sus amigos de Socuéllamos. En los chiringuitos de diseño, el todo Madrid baila con la música a tope bebiendo mojitos y caipiriñas.

– ¡Es natural, estamos en verano! –afirma una prima de Encarna de noche, la de las empanadillas de Móstoles.

El olor a cremas, aceites bronceadores y sudor perfuma el ambiente. Y en las azules y transparentes aguas vacían la vejiga miles de turistas, mientras Bonet de San Pedro, un sentimental nacionalista canta: *Mar azul, dulce mar, que bañas a las costas catalanas y la casita blanca donde yo nací.*

A los niños se les derrite el helado y los padres comen fideuà de bote ¡el último invento! Y parece que les gusta. Como decía el Guerra, “hay gente pa tó”.

Por la tarde se abre una feria para niños que se alarga hasta la noche, tocando las campanas, las sirenas, las músicas y toda la parafernalia de sus atracciones. Los fines de semana surca el mar un barco de borrachos, donde se celebran despedidas de soltero o de divorciados. Todos van de uniforme con camisetas de color con leyendas de todo tipo y ellas llevan un gorro coquetón en forma de polla. Y cuando ponen pie en tierra, un chorrillo de alcohol les sale por las orejas.

Por si fuera poco, el Wonderwall está en su máximo apogeo y, cuando menos te lo esperas, invade la carretera una legión de fantasmas borrachos y descamisados. Hay también todo tipo de discotecas que hacen de nuestra playa el lugar ideal para unas buenas vacaciones.

Viendo la actividad en Facebook que sostienen algunos amigos, se me ha ocurrido poner en Google “Gandía ruidosa” y les juro que me he quedado impresionado de lo que allí se dice (hagan la prueba).

Afortunadamente, los que quieren huir de la vorágine playera, pueden encontrar en el Centro Histórico de la ciudad un remanso de paz universitaria, musical y con montaditos a 1 euro.

Que lo pasen muy bien. Yo me marchó a Cortina d'Ampezzo, en los Alpes italianos y en septiembre, si el director me los permite, volveré de nuevo con *Los jueves, milagro*. Arrivederci.

José Miguel Borja